



CONOCER

LOS PSICÓLOGOS ACUSAN:

Todos los padres tienen un hijo preferido (también usted)



Es uno de los grandes tabúes en las familias. Un secreto a voces sobre el que los psicólogos han levantado el dedo acusador. «El 95 por ciento de los padres tiene un hijo predilecto. El 5 restante miente», aseguran. Y añaden: solo siendo conscientes de esa preferencia podrán atender mejor a los demás y ser más justos con todos. Reconózcalo: ¿a cuál prefiere usted?

«A todos mis hijos los quiero igual». Por lo visto, esta frase tan repetida por padres y madres no es del todo cierta. O eso, al menos, sostienen dos libros publicados en Estados Unidos que destruyen este mito. El divulgador Jeffrey Kluger, autor de *The sibling effect* ('El efecto de los hermanos'), afirma que «el 95 por ciento de los padres tiene un hijo preferido y el 5 restante miente». La psicóloga Ellen Weber Libby, que firma *The favorite child*, secunda esta teoría: la mayoría de los progenitores, si no todos, tiene mayor querencia hacia uno de sus vástagos. Kluger y Weber Libby no son los únicos que piensan así. Hay muchos otros estudios que suscriben idéntica tesis. Pese a ello, el tema sigue siendo un tabú difícil de abordar. El favoritismo es, y según los expertos debe seguir siendo, uno de los secretos familiares mejor guardados.

Lo que se aconseja en estos casos no es admitir abiertamente el nombre del hijo predilecto, pero sí ser honesto con uno mismo y admitir, al menos, que existe una preferencia: «Es preciso darse cuenta para que intentes equilibrar, no igualar, la relación con tus hijos», recalca el psicólogo Javier Urra, quien, en su libro *Educar con sentido común* (Aguilar), señala que los hermanos siempre serán personas distintas, cada uno con sus necesidades, y que, por lo tanto, es indispensable tratarlos de forma diferenciada. Se debe evitar, eso sí, las comparaciones y hacer el esfuerzo para que no se note esa preferencia, la cual, en todo caso, no necesariamente tiene que ser por el mismo hijo durante toda la vida. «El favoritismo es elección, pero suele ser irracional, porque refleja nuestras necesidades en una determinada época y depende de cómo responde el hijo a ellas y de la química que surja entre el niño y el adulto», dice Weber Libby.

La doctora norteamericana advierte de las consecuencias y señala algunas. Por ejemplo, la rivalidad entre hermanos, fruto de los celos. Además, el niño relegado a un segundo plano hoy puede ser mañana un adulto inseguro, mientras que el «hijo de oro», como lo califica Weber Libby, tiene muchas posibilidades de convertirse «en un maestro de la manipulación, ya que aprende a agradar para obtener más privilegios y reducir sus deberes», observa la psicóloga, estudiosa desde hace tres décadas de las dinámicas familiares.

Según su colega Laurie Kramer, investigadora de la universidad de Illinois, los niños no suelen molestarse por recibir un trato diferenciado de sus padres, siempre y cuando este sea justo. Es decir, que un padre se vaya con un hijo a montar en bicicleta mientras su hermana, a la que no le gusta el deporte, prefiere irse a casa de una amiga no es motivo para traumas. Kramer, que entrevistó a 61 niños y niñas entre 11 y 13 años, avisa en todo caso de que si uno de los padres dispensa mucha más atención hacia uno de los hijos habrá, sin duda, repercusiones negativas.

Por ejemplo, la agresividad y un comportamiento destructivo antisocial son dos formas de canalizar la frustración por sentirse menos querido que sus hermanos. Lo dice la psicóloga Clare Stocker, de la Universidad de Denver, que analizó a 136 parejas de hermanos. La agresividad, como matiza el psicólogo manchego Guillermo Ballenato, autor de *Educación sin gritar* (La Esfera de los Libros), puede dirigirse hacia fuera, pero también hacia dentro, es decir, derivar en una depresión.

Los casos de depresión son, de hecho, más comunes entre los hijos que perciben que su madre establece un trato diferenciado entre los hermanos, según el estudio del gerontólogo norteamericano Karl Pillemer. Este experto estudió las relaciones entre 275 madres e hijos adultos y observó que, ante el favoritismo, todos salían perdiendo: «El hijo menos favorecido desarrolla rencor hacia su madre o hacia el hermano preferido; el favorito, por su parte, no solo atrae la animadversión de los hermanos, también carga con el gran peso de las expectativas maternas, como ocuparse de ella cuando lo necesite».

Los casos patológicos, descarados o enfermizos, como los define Javier Urra, sin embargo, son escasos. El psicólogo navarro defiende que el favoritismo es una actitud natural; por lo tanto, si no salta mucho a la vista, «no hay que darle trascendencia». El hijo preferido puede reforzar su autoestima y el que no recibe tanta atención tener un punto de insatisfacción, «pero casi imperceptible. Las personas evolucionamos con normalidad», estima Urra. El favoritismo tiene, en todo caso, un efecto secundario demoledor: mina la autoridad moral de los padres. «La autoridad es fruto de la equidad, de la ecuanimidad, de la ponderación -explica Guillermo Ballenato-. No es igual a castigo. Todo lo contrario. Para perder autoridad, basta con mostrar favoritismos o incoherencia. Decir una cosa un día, otra cosa otro día, mostrarse más condescendiente con uno que con otro, aplicar unas normas a uno y no al otro».

Pero ¿por qué una madre o un padre se inclina más por uno de sus hijos? Muchos son los motivos y diversos. Por afinidad o por complementariedad; por ser el primogénito o el benjamín del sexo opuesto a todos los otros hijos; por su forma de ser: más simpático, más cariñoso, más risueño, más fácil de tratar. Depende también de cuándo nació: «Si el padre era joven o mayor; si `vino´ justo cuando se planteaba separarse; si el momento profesional era bueno; si económicamente uno estaba muy mal. Todo influye», afirma Javier Urra, quien defiende que los padres suelen tener más debilidad por las hijas y las madres por los hijos, lo que no asocia a complejos de Edipo o de Electra, si no, más bien, a la atracción que supone el mayor desconocimiento del otro sexo.

Otro estudio en este campo muestra que el favoritismo suele recaer en el primogénito. Según Catherine Conger, profesora de desarrollo humano en la Universidad de California, el 65 por ciento de las madres y el 70 de los padres muestran preferencia por sus hijos mayores. Llegó a esta conclusión tras reunir a 384 pares de hermanos y a sus padres tres veces en tres años, preguntarles sobre sus relaciones y grabarlos en vídeo. Jeffrey Kluger, autor del último libro sobre el tema, sostiene que el primogénito suele ser el favorito porque en él los padres han invertido más recursos, tiempo y energía. «El acto narcisista de reproducirnos impulsa a los padres en favor del mayor -entiende Kluger-: el más saludable, el que tendrá más éxito reproductivo».

Este abordaje darwiniano que Kluger defiende no goza de un apoyo unánime, pero él tampoco es el único que mantiene esta teoría. Su compatriota y psicólogo Frank Sulloway, autor de *Born to rebel*, comparte sus ideas y cree que el más fuerte y saludable acostumbra a ser el favorito. Los guapos también ganan, por cierto, ya que representan un mejor legado genético. Así lo cree Andrew Harrell, un investigador canadiense que observó durante más de 400 días el comportamiento de padres hacia sus hijos en 14 supermercados de diferentes zonas residenciales.

Estrategias como esta son usadas por los investigadores para tratar de descifrar un enigma que los padres, naturalmente, se resisten a revelar. Pero, aunque los adultos traten de disimular sus preferencias, los hijos, como dice Sulloway, «tienen una afilada sensibilidad ante el favoritismo». La psicóloga Laurie Kramer, por ejemplo, subraya en su estudio que el 75 por ciento de los hijos no solo fueron capaces de reconocer la diferencia en el trato, también de entender su motivo. Para evitar el peligroso sentimiento de ser menos amado que el hermano, Guillermo Ballenato ofrece algunos consejos a los padres: mostrar afecto incondicional por todos, potenciar la autoestima, la autoconfianza, la individualidad y el espacio de cada hijo. «En lugar de comparar, se deben valorar las diferencias. Afortunadamente, los hijos son muy diferentes -recalca Ballenato-. Eso es lo que enriquece a la familia».

Priscila Guilayn